

DOÑA JOSEFA RAMIREZ,



PRIMERA PARTE,

SE DA CUENTA DE LOS ARROJOS Y ARRESTOS
que ha ejecutado esta noble señora, con lo demás que
verá el curioso lector.

A la que es Madre del Verbo,
María, Señora nuestra,
la pido humilde y postrado
me de gracia con que pueda
referir á mi auditorio
la mas infausta tragedia,
y el infortunado caso
que sucedió á una doncella.
Atencion que ya comienzo:
En la ciudad de Valencia
nació de muy nobles padres
la hermosa doña Josefa,

con muy buenos documentos
crióse aquesta Minerva,
que Palas la tuvo envidia
por lo sábia y lo discreta;
Venus se quedó afrentada
solo al mirar su belleza.
Apenas cumplió esta niña
diez y ocho primaveras,
muchos señores la rondan
sus celosías y puertas,
y entre tantos pretendientes
la adoraban muy deveras

un principal caballero,
 don Pedro de Valenzuela;
 al fin la escribió un billete,
 con muy rendidas ofertas
 la dió parte de su amor;
 la dama como discreta
 con otro le corresponde
 á su pretension atenta,
 diciendo: señor don Pedro,
 yo estimo vuestra fineza,
 ya sabéis como en mi casa
 soy la única heredera,
 y hallo imposible, señor,
 de que mis padres consientan
 que yo con usted me case;
 mas esta noche en la reja
 de mi jardin os aguardo
 á eso de las diez y media.
 Dios os guarde, caballero,
 quien mas te estima y venera,
 doña Josefa Ramirez,
 una humilde esclava vuestra.
 Con esto cerró el billete
 y á un paje con diligencia
 le manda que lo llevase,
 el cual fué con gran presteza,
 y á don Pedro se le dió
 en propia mano y lo besa.
 Rompió la nema, y leyó
 lo que ya espresado queda,
 deseando que la aurora
 tendiese el manto de estrellas.
 Llegó la citada hora,
 pronto se halló en la reja;
 hizo una seña y salió
 aquella diosa Minerva,
 aquella estrella de Venus,
 tan bizarra como honesta.
 Saludáronse corteses,
 y entre los dos dispusieron
 que una noche la sacase,
 cuando en estas diferencias
 le acometen dos traidores
 á don Pedro con violencia:

dos estocadas le dieron
 por las espaldas, tan recias
 que las heridas crueles
 hasta el pecho le penetran;
 y como un leon herido
 sacó su espada, y con ella
 á los dos acometió,
 pero poco le aprovecha.
 Ellos se escapan huyendo,
 y el triste jóven dió en tierra,
 diciendo: difunto soy,
 perdóname, amada prenda.
 Esta voz que oyó la dama
 cayó amortecida en tierra;
 volviendo en sí del letargo,
 decia de esta manera:
 ¿Qué es esto que me sucede?
 ¡Cielos! ¿qué desgracia es esta?
 ¿Qué he de hacer? ¡hay de mi triste!
 ¡oh fortuna tan adversa!
 ¿dónde hallaré yo alivio
 en tanto tropel de penas?
 Ya no tendré yo sosiego
 hasta que de cierto sepa
 quienes son los alevosos
 que con tan grande inclemencia
 á don Pedro dieron muerte.
 Toda en lágrimas deshecha
 jura que se ha de vengar,
 á pesar de las estrellas.
 Se retiró á su aposento
 como una leona fiera,
 se despoja de su ropa,
 tomando capa y montera,
 y un rico colete de ante,
 calzon de la misma pieza,
 zapatos á lo moruno
 y rica media de seda,
 una charpa de pistolas,
 tambien su espada y rodela,
 y un trabuco que pendiente
 de la cintura lo lleva.
 Luego partió á un contador,
 y sacó de una naveta

hasta doscientos doblones
 y se ausentó de Valencia.
 Entre unos montes se oculta,
 y de noche daba vuelta
 iba á las casas de juego,
 donde todo se conversa:
 jugando estaba una noche,
 y otros señores con ella,
 sin saber con quien hablaban
 del caso la dieron cuenta.
 Dicen: con que don Leonardo
 y don Gaspar de Contreras
 salieron con gran sigilo
 de la ciudad de Valencia?
 Doña Josefa responde:
 ¿pues qué ocasion les molesta
 á esos nobles caballeros
 para salir de su tierra?
 quizás irán á algun pleito
 de algunas de sus haciendas,
 que quien tiene mayorazgos
 nunca le faltan quimeras.
 No es mal pleito el que les sigue,
 ellos dieron por respuesta,
 pues son los que dieron muerte
 á don Pedro Valenzuela.
 Disimulando su enojo,
 respondió con gran reserva:
 mucha fuerza se me hace;
 mas no es posible que crea
 que esos nobles caballeros
 hiciesen accion como ella,
 que fué una accion muy villana,
 y circula por sus venas
 saugre noble y esto basta:
 sabed que hay quien los defienda,
 y eso no se puede hablar
 sino por cosa muy cierta.
 Sabed que es mucha verdad
 lo que os digo, y si no faera,
 nada me importa el decirlo;
 mas ella con gran cautela
 respondió: Dios les asista.
 ¿Adónde el viaje llevan?

y ellos mismos la informaron
 que iban hácia Cartagena.
 Salió diciendo del juego
 buena suerte ha estado esta,
 ya tendrá mi pena alivio
 si se me logra la idea.
 Y montandó en su caballo,
 que al céfiro puso rienda,
 á Cartagena marchaba
 con muy pronta diligencia.
 Llegó una tarde feliz
 á eso de las dos y media,
 en un meson se acogió,
 y á la huespeda dijera;
 cuídeme de ese caballo,
 que yo pronto doy la vuelta,
 y sin desarmarse fué
 á la playa por si encuentra
 alguno de sus paisanos,
 que tanto verlos desea;
 no los pudo descubrir,
 y hácia el meson dió la vuelta
 y á la patrona la dijo
 que previniese la cena,
 y que hiciese la cama
 en una sala que tenga
 las ventanas á la calle,
 sin darla á entender su idea.
 Apenas anocheció
 pronto se puso á la reja
 de la ventana escuchando
 cuanto en la calle conversan.
 Oyó decir á unos hombres
 así estas palabras mismas:
 para mañana en la noche
 tengo una funcion muy régia,
 en casa de don Juan Mansilla,
 porque en ella se hospedan
 dos famosos caballeros
 naturales de Valencia
 y quiere regocijarlos,
 y ha de hacer una comedia
 con algunos entremeses;
 mas no quiere que se sepa,

4
porque en Valencia mataron
á un hombre de grandes prendas.
Tente, hombre, no prosigas,
calla ya tu infame lengua,
que no sabes quien te escucha,
porque si bien lo supieras
no dieras cuenta á tu amigo.
Oh! cuanto mas nos valiera
muchas veces el callar,
porque el que calla no yerra.
Séneca muy bien lo esplica,
que es una de sus sentencias.
Ya satisfecha del caso
se quedó doña Josefa,
apenas amaneció
hizo vivas diligencias
por descubrirlos, y al fin,
en la plaza los encuentra.
De que los tuvo presentes,
les dice de esta manera:
me conoceis, caballeros?
Sabed soy doña Josefa,
aquella á quien agraviasteis
en la ciudad de Valencia.
Vengo á tomar la demanda
por don Pedro Valenzuela,
que no existiendo mi amante
poco importa que yo muera:
sacan los tres las espadas,
y á la batalla se aprestan,
y á dos idas y venidas
le alcanzó doña Josefa
al valiente don Leonardo
una estocada tan recia,
que le pasó por el pecho,
dando, pues, con él en tierra.
Esto que vió don Gaspar
cerró con doña Josefa;
mas poco le aprovechó
porque ella con gran presteza,
le quitó de la cintura
un arma; y con ella
le pasó por el costado,

y ambos difuntos los deja.
Se alborotó la ciudad,
y acudió con gran presteza
el señor gobernador
para llevársela presa;
mas ella con arrogancia
dijo: sepa su esclencia
que mi espada á nadie teme,
aunque un ejército venga,
dijo, y chocando con ellos,
á uno toma y á otro deja.
Tres ministros le mató,
y en medio de esta refriega
se la ha quebrado la espada;
echó mano con presteza
al trabuco que traia,
á barrer la calle empieza.
Tan buena traza se daba
á disparar, que se lleva
dos ó tres de cada tiro,
y la calle la franquean,
con que llegó á refugiarse
dentro de la misma iglesia
del Seráfico Francisco,
adonde á curar se queda
dos balazos que llevaba
muy mal herida una pierna.
Buena ya de su accidente,
pidió á los padres licencia
para salir del convento,
y mandó que la trageran
el caballo que tenía
en un meson de allí cerca.
Fué un donado y se le trajo,
y agradeció la fineza;
sin ser de nadie sentida
se salió de Cartagena.
Y ahora Pedro de Fuentes
á aquesta parte primera
dá fin, que en otra segunda
dará noticias enteras
en lo que vino á parar
la hermosa doña Josefa.

SEGUNDA PARTE.

Ya dije como salió, amparada del silencio, de Cartagena una noche llena de mil pensamientos doña Josefa Ramirez, que marchaba para el reino de Cataluña: una tarde al encuentro la salieron siete bandidos; mas ella los reconoció al momento. Del caballo se desmonta de aquesta suerte diciendo: apartarse del camino, pronto quitarse del medio, ó le quitaré la vida al que fuere desatento. Esto dijo, y disparó con tan bellísimo acierto el trabuco, que se lleva de un tiro los tres primeros, que los cogió perfilados, y los otros que esto vieron se pusieron en campaña; mas la dama con esfuerzo sin punto de cobardía se hizo fuerte contra ellos: de los siete mató cinco, y los otros dos huyeron ya con heridas de muerte, y no les valió por eso, que ella arrogante les sigue, y de merced la pidieron les otorgase las vidas; metió la mano en su pecho, dice: para estar segura quitar estorbos del medio, y al soplo de una pistola, ambos se los dejó muertos, y montando en el caballo, como quien nada había hecho,

llegó, en fin, á Barcelona, adonde supo de cierto que ya la andaba buscando su padre con gran anhelo: y al instante determina vender el caballo, luego embarcarse para Roma, sin reparar en los riesgos que puedan sobrevenirle, como adelante veremos. Se embarcó, en fin, en las ondas, del salado mar soberbio, y fué su suerte tan mala que á los dos dias se vieron de corsarios argelinos infelices prisioneros, Desembarcólos en tierra y á pregones los vendieron, y compró á doña Josefa, en un moderado precio, un renegado muy rico, hombre de mucho respeto, por sus buenos procederes era querido en el pueblo. Preguntóle á su cautivo por su nombre, y al momento respondió: Pedro me llamo, señor, al servicio vuestro. ¿En qué oficio te ocupabas? El oficio que yo tengo es, señor, maestro de armas. En buen oficio, por cierto, te ejercitabas, cristiano; mas daros otro pretendo. ¿Vos no sabéis escribir? Algo entiendo tambien de eso, no con tanta perfeccion porque usado no lo tengo. Viendo su disposicion, le entregó todo el manejo

de su casa, y al instante mandó su amo á dos negros que tenía, lo enseñasen la arábica lengua, y ellos lo pusieron por la obra, y la aprendió en breve tiempo. Tan buena cuenta le daba á su amo, y tan contento le tenía, que no sabe que hacer con su escudero. En este tiempo la mora, mujer de su amo mismo, á don Pedro regalaba y hacía algunos cortejos, y un dia que fué su amo á caza con los monteros, lo llamó y le dijo á solas; cristiano, yo por tí muero, yo no duermo ni descanso, en mi no cabe sosiego, porque esos dos luminares con sus hermosos reflejos me han partido el corazon, yo me abraso en vivo incendio, y si merezco la dicha de que premies mis afectos, te prometo que serás el dueño de aqueste pueblo. Por no descubrir la falta, con muy buenos documentos, don Pedro la disuadia de aquesta suerte diciendo: mirad que soy vuestro esclavo, y que si no tengo hierros, esta es merced que me hizo mi amo por ser tan bueno, y pues que de mí se fía hacerle ofensa no quiero; y así señora, dejadme y no toqueis mas en eso. Viendo la mora el desaire que el cristiano la había hecho, jura por el gran Mahoma que ha de vengar su desprecio.

Apenas entró su esposo, le salió al recibimiento aquella falsa enemiga; le echó los brazos al cuello, y con un llanto finjido le dijo: poned remedio en vuestra casa, señor, porque el mayordomo vuestro quiso atrevido ofenderte, muy lascivo y deshonesto á mi aposento se arroja, trajo en la mano este acero de un puñal, con amenazas quería lograr su intento. Mas yo como una leona me levanté de mi lecho, se le quité de la mano, el cual vedlo, aquí lo tengo. Salió fuera el renegado enfurecido y soberbio, á sus criados les manda de que prendan á don Pedro en una oscura mazmorra, y le cargasen de hierro, y que no le diesen agua, tampoco el mantenimiento. Un moro piadoso había compadecido de verlo, que á las escusas del amo le llevaba el alimento, y tambien le daba el agua con cariñosos afectos, que entre los infieles hay tambien nobles pensamientos. Y al cabo de quince dias, por ver si se había muerto, dió la vuelta el renegado, y luego que vió á don Pedro vivo, ha tomado un cordel para azotarle soberbio, y al tiempo de descargarle le dijo: señor teneos, y advertir que es falso testimonio por lo que estoy padeciendo:

yo soy mujer, no soy hombre,
 y para prueba de aquesto
 un pecho le manifiesta;
 la dice basta con esto.
 De la prision la sacó
 dándola abrazos muy tiernos,
 la dice: cristiana amiga,
 por mí profeta te ruego
 que me reveles la causa
 de haber mi esposa este enredo
 contra tí trazado; entonces
 le contó todo el suceso.
 Lo cual viendo el renegado,
 iracundo y muy soberbio,
 dijo: juro á mi Alcorán,
 y á la ley que fiel profeso,
 que he de ejecutar con ella
 el castigo mas acerbo
 que hayan visto los nacidos,
 para que sirva de ejemplo.
 Mandó al punto el renegado
 que la prendan, y al momento
 ejecutan el mandato
 de su amo, y la metieron
 en una oscura mazmorra
 mientras se encendía el fuego.
 Llena una tina de aceite
 mandó que pusiesen luego,
 y al instante que hirvió
 á Abecili la trageron,
 y amarrada á una columna
 se la echaron por el cuerpo.
 Mandó apartasen la tina,
 y que la arrojen al fuego,
 donde feneció la mora
 pagando su atrevimiento.
 Y al cabo de pocos dias,
 con felices pensamientos,
 ha llamado el renegado
 á aquel hermoso portento
 de doña Josefa, y ella
 acudió luego al momento.
 Vos, señor, ¿qué me mandais?
 Veníos á mi aposento

que á solas os lo diré,
 que es de importancia el secreto:
 ya sabeis doña Josefa,
 la voluntad que yo os tengo;
 y solo de vos me fio
 para descubrir mi intento.
 Pretendo pasar á Roma
 á ser de mi culpa absuelto,
 y despues el recogerme
 en un sagrado convento.
 Tú te pasarás á España,
 que ya prevenidos tengo
 dos mil doblones, los cuales
 entre los dos partiremos:
 mira que te vas mañana,
 pues hoy se halla en este pueblo
 un tratante mercader
 á quien pagado le tengo
 el viaje, y con él vas
 segura de muchos riesgos.
 El vá á parar á Alicante,
 de España famoso puerto.
 La entregó dos mil doblones
 atados en un lenzuelo,
 se fué á recoger su ropa
 y joyas de mucho precio
 que tenia todo junto,
 lo encerró en un arca, y luego
 mandó el amo la llevasen
 á un navío, así lo hicieron.
 Embarcóse el renegado
 y aquel hermoso portento
 de doña Josefa, y ambos,
 á Alicante se vinieron,
 tiernamente se despiden,
 y él con sus grandes deseos
 para Roma se embarcó,
 siéndole feliz el viento:
 en breve tiempo llegó
 á Roma con gran contento:
 fué á ver á su Santidad,
 parte le dió del suceso,
 y confesando sus culpas
 con grande arrepentimiento

en un convento se acoge,
 donde llorando sus yerros
 hizo grandes penitencias,
 y pasó á gozar del reino
 del cielo: pero volvamos
 á la dama que en vosquejo
 la dejaba, y hasta aquí
 con ánimo muy resuelto
 en Alicante compró
 un caballo que á los vientos,
 imitaba su carrera
 por lo veloz y ligero.
 Pasó á Valencia, y en ella
 entró con mucho secreto,
 se ha informado de sus padres,
 y supo que estaban buenos,
 y una noche determina
 disfrazada ir á verlos,
 y á eso de las oraciones
 ensilló el caballo, y luego
 montó en él y fué á su casa
 con el deseo de verlos.
 Llegó á la puerta, y tocando,
 á abrirla salió un buen viejo,
 y ella cortés le pregunta,
 destocándose el sombrero:
 vive aquí el señor don Juan
 Ramirez y Mormolejo?
 Sí, señor, la respondió,
 y entró al instante á verlo.
 Se sentaron lado á lado,
 y dijo sabed por cierto
 que vuestra hija, señor,
 hoy se halla en este pueblo:
 tres años y medio ha estado
 metida en un cautiverio,
 sirviendo, no como esclava,
 porque era absoluto dueño
 de la casa de su amo,
 y al cabo de aqueste tiempo

la ha dado la libertad
 y gran porcion de dinero.
 Don Juan que atento escuchaba
 las razones del mancebo,
 al oirlo se entenece,
 y lloraba sin consuelo.
 ¡Ay hija de mis entrañas!
 ¡oh, si permitiera el cielo
 que yo la viese en mi casa,
 cesáran ya mis desvelos;
 diera vado á mis tristezas,
 mis congojas fueran menos!
 La madre por otro lado
 hacía su sentimiento.
 Del asiento se levanta,
 y arrodillada en el suelo,
 dijo: cese vuestro llanto,
 que á vuestra hija estais viendo:
 y ahora, padre y señor,
 perdonad mi grave yerro,
 y lo que pretendo es
 meterme en un monasterio.
 Lo pusieron por la obra,
 y se ha entrado en un convento
 de religiosas Franciscas,
 donde vive dando ejemplo.
 Aprended, mozas doncellas,
 y mirad los muchos riesgos
 en que se vió aquesta dama
 por defender á su dueño.
 Viva en el mundo quien sabe
 defender en todo tiempo,
 las ofensas de su amante
 á costa de sus aceros.
 Y dando fin á la historia,
 antes de cerrar el pliego,
 Pedro de Fuentes suplica
 al auditorio discreto,
 que le perdonen las faltas
 que tuvieren estos versos.

FIN.

Valladolid: Imprenta, librería y almacén de papel de F. Santaren.—1870.